

Sexo y Arte

Desiderio Navarro



La sexualidad y la creación artística
han estado íntimamente
ligadas desde la antigüedad

El semanario *Narodna Kultura*, órgano del Comité de Cultura de Bulgaria, dedicó la mayor parte de la primera y tercera planas de su edición del pasado 16 de enero a reproducir un diálogo de teóricos, críticos y artistas, convocado por la redacción con motivo de la exposición colectiva "Cuerpo desnudo", que presentó obras de artistas plásticos búlgaros de hoy. Luego de afirmar que "el cuerpo desnudo es un problema crucial en la experiencia profesional secular de las artes plásticas", la nota editorial introductoria adelanta que los temas abordados en el diálogo fueron "los motivos de la desnudez en nuestra cultura y arte de hoy, el vínculo con la tradición y las nuevas ideas que surgen en torno a ella en el proceso artístico mundial". Testimonios de esas nuevas ideas en Bulgaria en particular, son la organización de esa exposición, el propio texto de ese diálogo, y su publicación. Mientras que para los cristianos "lo corporal era peligroso", señala en su intervención el académico prof. Chavdar Dragoichev, "nosotros volvemos en nuestro siglo a la armonía del espíritu y el cuerpo, de nuevo gozamos del cuerpo desnudo. Tomemos los filmes búlgaros de hace poco. Los protagonistas salían vestidos hasta en el baño. Mostrar el cuerpo desnudo se consideraba inmoral, pornografía". En esto Bulgaria no era una excepción entre los países en que predomina una ideología socialista, esto es, no cristiana. Y ello se debió a que sólo en los últimos años se ha venido conformando en esos países una concepción científica, marxista, sobre la significación y el papel del sexo en la vida individual y social en general, y en la actividad cultural y artística en particular.

La sexualidad y la creación artística han estado íntimamente ligadas desde la más remota antigüedad. El sexo ha sido un elemento casi constante en el repertorio temático de la creación artística: su presencia se extiende desde el arte primitivo y el arte antiguo de Grecia y Roma hasta el neovanguardista de nuestros días. Cuando en sus inicios históricos el arte aún permanecía fundido con la religión en un peculiar sincretismo, ya la temática sexual se hacía importante y hasta dominante en muchas obras artístico-religiosas de diversas culturas primitivas de todos los continentes. Pero si en distintas culturas la introducción de motivos

sexuales en el arte estuvo determinada por creencias religiosas (por ejemplo, el conjunto escultórico de los treinta falos y las veinte vaginas de Dinapur, en la India, o, para citar un ejemplo local, la gestualidad sexual en la danza ligada al orisha Changó), fue la religión judeo-cristiana la que, con su visión del sexo como algo "pecaminoso", "bajo", "sucio", "indecente", provocó la ausencia de la temática erótica y hasta de la desnudez corporal en el arte bizantino y europeo de la Edad Media. La sexualidad quedó confinada a las formas carnales de la cultura popular, en las que afloraba a través de la profanación obscena y la jocosa violación de los tabúes oficiales.

Sólo con el Renacimiento resurge en el gran arte la representación de desnudos, que pronto será condenada por el Concilio Eclesiástico de Trento. Y así, en 1559, el Papa Paulo IV manda vestir aquellas figuras desnudas del Juicio Final de Miguel Ángel que le parecían más "provocativas". No contento con esa censura, el Papa Pío V, cinco años después, hizo desaparecer otros fragmentos "indecentes" del célebre fresco de la Capilla Sixtina. Con el Barroco reaparece la desnudez ahora representada más sensual y voluptuosamente que nunca antes. Ello es posible porque a partir de ese período, como ha observado Arnold Hauser, "la Iglesia abandona la lucha frente a las exigencias de la realidad histórica y procura acomodarse a ellas en lo posible", "se hace respecto de los fieles cada vez más tolerante" y "consiente el disfrute de los intereses y alegrías de la vida profana". Después, la temática sexual, exaltada en el arte rococó, resurgió en el neoclasicismo, el realismo, el naturalismo, el impresionismo, el Art Nouveau, el expresionismo, el surrealismo, el neorrealismo; así como en muchas manifestaciones plásticas, teatrales, cinematográficas, danzarias y literarias de la neovanguardia de las últimas décadas —aunque se ha de agregar que de vez en cuando fue brutalmente reprimida por la hipócrita moral burguesa (por ejemplo, a fines del siglo XIX, el Parlamento alemán prohibió la exhibición pública de la Venus de Milo y en los años 20, el Gobierno de los Estados Unidos de América prohibió la circulación del *Ulises* de Joyce y confiscó y que-

mó los ejemplares que llegaban del extranjero). Hoy día, el sexo aparece, en muy diversos modos y grados, en el plano temático de gran parte de las obras artísticas basadas en la representación de fenómenos de la vida humana (pero también se habla de su presencia en la música puramente instrumental). En esas obras puede ser desde un motivo ocasional aislado hasta el tema central o único.

Es sabido que las actitudes hacia el sexo que se manifiestan en el arte pueden ser muy diversas: desde el pansexualismo que lo absolutiza como omnipresente factor inspirador de la vida biológica y espiritual del hombre, hasta el antisexualismo que lo ve como un asunto vergonzoso y hasta como una fuerza conducente a la desdicha, la decadencia y el mal; desde el biologismo que lo considera un aspecto esencial de la vida natural del animal humano que somos, hasta el esteticismo que halla en el cuerpo desnudo y en la vida sexual manifestaciones sublimes de la belleza en el mundo; y así sucesivamente (cf. María Golaszewska, "Sexo y arte", en el próximo número de *Cráteres*).

Pero en muchas culturas existen también otros fenómenos gráficos, escénicos, fílmicos, etc., que representan elementos sexuales, pero que no pueden ser considerados obras de arte: se trata de la pornografía, tan ampliamente producida y distribuida hoy día en muchos países capitalistas. Mientras que el arte aborda el elemento sexual para cumplir funciones cognitivas, valorativas (éticas), expresivas y estéticas, la pornografía se propone desempeñar una función de estimulación sexual (como un afrodisíaco) o incluso de sustitución de experiencias sexuales auténticas. En el arte, el modo de presentar el elemento sexual en el contexto de la obra como un todo lo vincula y subordina a otros valores artísticos. En cambio, la pornografía, aunque a veces echa mano a recursos formales propios del arte (a manera de cosméticos), se concentra en presentar el sexo de la manera más excitante posible. Claro está que la absorbente vivencia psicofisiológica sexual no deja ningún margen para una eventual vivencia artística auténtica y plena. Es por ello que pornografía y arte son fenómenos mutuamente excluyentes. De

